

ANNE SERRE

iPonte, mesita!



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Créditos

Primera parte

I

La primera vez que vi a mi padre disfrazado de chica tenía yo siete años. Al volver a casa vi dirigirse hacia mí por la acera a una mujer calzada con altas sandalias rojas, un abrigo ligero, tal vez de seda, en cualquier caso brillante, flotando tras ella, pero lo más excepcional eran sus greñas oxigenadas, los enormes pendientes que danzaban, los párpados azul vivo y moteados. Estaba tremenda, parecía Laura Van Bing en *Crucifixión* o Crusoë Kiki en su «danza frenética».

No lo reconocí enseguida. Habitualmente llevaba chaqueta. Un día sorprendí a Marjorie Higgins pegándose a él con todo el cuerpo en el vestíbulo, y mi padre le soltó un bofetón, lo cual me pareció muy bien. En otra ocasión, oí a Marjorie Higgins confesarle a mi madre que tiempo atrás había cometido ese «acto indecoroso», que no podía seguir ocultárselo a mamá siendo como era tan buena y una vieja amiga. Mamá soltó una carcajada, ambas se besaron, y sus pechos se frotaban en su abrazo.

Mamá iba desnuda la mayor parte del tiempo. «No tienes pudor», le decía papá. Se cepillaba enérgicamente el vello púbico ante el espejo del vestíbulo, tan seria como cuando lo hacía con sus dientes por las noches. Una amiga de clase se quedó patidifusa: «¡Tu madre está desnuda!», me susurró. «Sí», contesté, «en casa no tenemos pudor.» Luego le gustaba venir a casa para ver a mamá desnuda junto a la ventana del salón, o regando las flores mientras se balanceaban sus voluptuosos pechos.

Si queréis saber cómo era físicamente mi madre, que es lo que me pregunta todo el mundo cuando cuento esta historia, os haré una somera descripción. Tenía veintiocho años, era rubia y el pelo largo claro se le desparramaba por la espalda. Era una chica «del Norte». Más alta que Marjorie, tenía el cuerpo suave, blanco y de largos muslos. Constantemente preocupada por no engordar, se miraba en los espejos de la casa diciendo: «Cariño, ¿no crees que he engordado?» Y se asía el vientre gimiendo: «¡Mi barriga! ¡Mi barriga! ¡Pero qué gorda me estoy poniendo!» Yo le contestaba: «Que no estás gorda, si estás hecha una sílfide», porque una vez el agente de seguros le había dicho: «Marianne, es usted tan guapa, ¡una au-

téntica sílfide!», y por cierta sonrisita que se le escapó noté que le había gustado.

Mamá era probablemente «exhibicionista», como le diría más adelante el doctor Mars. Cuando iba vestida, se le abría la bata y no dejaban de soltársele las medias, lo cual la obligaba siempre a levantarse la falda para sujetárselas. Las blusas le quedaban siempre estrechas y siempre saltaba el botón de arriba. Parecía muy enamorada de papá pero lo llevaba por el camino de la amargura. En cuanto lo veía aparecer, le suplicaba: «¡Tócame, cariño, tócame!» mientras miraban la televisión y ella estaba sentada en el sofá. Entonces papá le agarraba brutalmente un pecho o, sin volver la cabeza, le estiraba violentamente el vello púbico.

Hacían con nosotras cosas que está totalmente prohibido hacer con los niños. A mamá, sobre todo, le gustaba acariciarnos. Tenía que ver nuestros sexos y palparnos, manosearnos, «succionarnos», como diría Sade. Por ejemplo, sobre las tres de la tarde, decía: «¡Ven, es que estoy tan caliente!» Se sentaba en un sillón, abriendo sus grandes muslos, y Chloé, Ingrid o yo, o las tres a la vez, comenzábamos a cosquillearla, a mordisquearla, a frotarla, a pellizcarla, a lamerla. Cuando estaba papá, éste aprovechaba, no para tocar a mamá, que le lanzaba miradas lánguidas con sus ojos ardientes y oscuros, sino para toquetearnos a nosotras. Su sexo, claro está, se le ponía gordísimo.

¿Fue debido a nuestros hábitos familiares? –según el doctor Mars, sí–, el caso es que mis hermanas y yo nos formamos muy tempranamente, hacia los diez o los once años. A mamá le encantaba descubrir el nacimientos de nuestro pecho, de nuestro vello: «¡Veréis cómo vais a gozar de la vida a partir de ahora!», decía. Marjorie y ella palpaban, excitadas, nuestros pechos, apostando sobre cuál de nosotras los tendría más opulentos, explorando nuestro coño y nuestro culo, que no las dejaba insensibles: «Creo que la que tendrá más disposiciones para ser sodomizada será Ingrid», decía Marjorie. Lo mismo opinaba papá, que se retiraba a solas con Ingrid cuando mamá lo incordiaba demasiado con la locura amorosa que sentía por él.

II

Nuestros padres no eran tan tontos como para pensar que todo el mundo habría aprobado nuestro estilo de vida. La vez en que aquella amiga de clase vio a mamá cepillándose el vello púbico an-

te el espejo, estuvo a punto de estallar un escándalo. Durante unas semanas no dijo nada, en su ansia de ver a mamá desnuda y de disfrutar de semejante espectáculo cuando venía a casa, pero al final no aguantó y se lo contó a su hermano, quien se lo contó a sus padres, por lo que le prohibieron volver a nuestra casa y aun dirigirme la palabra. En el colegio me mandaron a un psicólogo que me hizo preguntas y me pidió que hiciera dibujos. Dibujé flores y árboles, y contesté que no, que mamá no se paseaba desnuda.

El doctor Mars era uno de nuestros aliados. Cuando llegaba, siempre abrumado entre dos visitas, seguía a mamá hasta el comedor, le inclinaba el busto contra la mesa y se hundía frenéticamente en ella. Pero aparte de algunos amigos de la familia –he mencionado a Marjorie Higgins, al agente de seguros, al doctor Mars, hablaré también de Pierre Peloup, de Myriam de Choiseul y de los hermanos Vinssé–, nos manteníamos tranquilas.

III

Cuando, el 7 de julio de 1967, vi a papá en la rue Alban-Berg, disfrazado de mujer –porque lo reconocí–, me quedé maravillada y me entraron ganas de seguirlo, cosa que hice en repetidas ocasiones. Recorriendo los jardines, subía por la rue Alban-Berg, hasta el cruce, y salía de nuestro barrio residencial para dirigirse al centro. Allí entraba en las tiendas, donde se probaba perfumes, prendas y cantidad de ropa interior. A veces se sentaba en un café, o se metía en un cine, y regularmente paraba a un transeúnte, hombre o mujer, para pedirle una indicación, una calle, pese a que conocía al dedillo la ciudad. La gente se volvía a mirarlo, lo cual le encantaba. Una vez me vio, y recobró la voz de hombre para decirme: «¡Ya te estás largando!» Volvía cansado de tanto andar y con zapatos tan finos. Entonces, mamá, casi arrodillada, lo descalzaba y le lamía los pies: hacía constantemente ese tipo de cosas.

IV

Cabría pensar que viviendo como vivíamos en lo que otros habrían llamado «relajación» de costumbres, estábamos muy trastornadas. Pues no. Nuestros resultados escolares eran más bien buenos, y teníamos amigos con quienes manteníamos excelentes relaciones. Porque nada resulta más fácil a un niño que mentir, incluso es su universo, aquel en el que se desenvuelve con más facilidad y

éxito. Cuando mamá miraba a papá con sus ojos de fiera salvaje y él se negaba a satisfacer sus desmesurados deseos, cuando mamá ardía de excitación, esperando a Marjorie o al doctor Mars como liberadores, se arrojaba sobre nosotras y nos friccionaba hasta hacernos perder el aliento, lo cierto es que reinaba una aguda tensión en la casa. Pero esa tensión formaba parte del placer, habíamos nacido con ella. No nos atraía la dulzura, la cual se nos antojaba tedio, y cuando raramente, muy raramente pero a veces sucedía, mamá se hallaba vestida, cosiendo junto a la ventana, cuando nuestros cuerpos no eran visitados, el doctor Mars estaba ausente y el agente de seguros de vacaciones, entonces sí que experimentábamos un gran trastorno, un arranque de desespero, y éramos nosotras quienes nos convertíamos en fierecillas, buscando una mano que lamer, un sexo que devorar, un poco de aliento, vamos.

V

Tal era el caso cuando nos íbamos de vacaciones a casa de los abuelos, en Tremble. Ellos no compartían ni las costumbres ni los puntos de vista de nuestros padres, y nos aburríamos soberanamente en su casa de campo. Papá y mamá se veían obligados a comportarse con gran prudencia, con gran discreción. Mamá no se desnudaba nunca, iba vestida, suspiraba. Papá no se vestía de mujer. Les lanzábamos miradas implorantes, a las que, simuladores como eran, no contestaban, desdeñándolas con aire suficiente.

Cuando salíamos en coche por las tardes so pretexto de visitar un paraje especial, o de bañarnos en una playa, recobrábamos durante dos o tres horas lo que no puede sino denominarse «nuestra vida de familia». O sea que tan pronto salíamos del jardín, mamá se arrancaba el vestido y se quedaba desnuda en el asiento delantero del coche, pegando su rostro enajenado al cristal para que la vieran los automovilistas, papá se cambiaba en el primer camino, y rearendíamos a acariciarnos, a montarnos unos a otros. Regresábamos calmados, no sin echar en falta el espacio de nuestra casa, las visitas del doctor Mars, los cepillazos de mamá en su vello púbico y la seguridad del agente de seguros.

VI

Pasábamos el mes de agosto en Tremble y volvíamos a casa el uno de septiembre. ¡Ay, la víspera del uno de septiembre! ¡Cómo

brincábamos de impaciencia! El sol, el aire libre, la playa y el campo nos habían separado, desorientado tanto. Nuestra casita de la rue Alban-Berg, con sus muebles encerados, la mesa grande del comedor donde se inclinaba mamá, el despacho de papá, donde teníamos prohibido entrar, el vestíbulo con el gran espejo donde mamá examinaba su desnudez, ¡cómo ansiábamos volverlos a ver! Llegábamos, y una hora después se presentaba el doctor Mars con flores, y el sexo tan hinchado que le reventaba en el pantalón, y papá salía al momento vestido de mujer, aunque fuera domingo.

VII

Cuando cumplí diez años, como si tuviera ya uso de razón, mamá invitó a participar en nuestros ágapes al agente de seguros, al doctor Mars, a Pierre Peloup, a Myriam de Choiseul, a Marjorie o a los hermanos Vinssé. Recuerdo en particular a Pierre Peloup, pues sentía inclinación por mí, mientras que el doctor Mars prefería a mamá aunque no por ello nos hiciese desprecio, y el agente de seguros a papá y a Ingrid, con quienes formaba un trío. No sé por qué –pues era guapa–, Chloé gustó siempre un poco menos, en cualquier caso por aquella época.

Pierre Peloup era óptico y por ese motivo lo conocimos. Mamá necesitó gafas para la miopía, y yo la acompañé. Pierre Peloup se parecía un lobo con sus dientecillos blancos y puntiagudos, sus labios rojos que sonreían siempre a medias, sus ojos relucientes y su cabello negro y tupido. Era un hombre de unos treinta y cinco años. Mientras se probaba las lentes, mamá no cesó, proyectando el pecho hacia delante, de hacer saltar los tirantes de su vestido, y como respiraba fuerte, mirando a Pierre Peloup a través de una lente que le agrandaba enormemente el ojo, éste se rindió. Cuando llegó a casa, como todos al principio –me refiero a los que no eran de la familia–, estaba un poco azorado e inquieto. Mamá le había abierto desnuda, y aquel día, tras frotarse el vello púbico con un aceite que se lo dejaba rojizo y brillante, estaba especialmente hermosa. Sus pechos lucían más voluptuosos que nunca, pues se había enrojecido los pezones. Y como me lo había pedido, yo estaba en el vestíbulo, tras ella. Por supuesto a Pierre se le cortó el resuello, pero cuando vio las impresionantes nalgas de mamá, que lo precedían para entrar en el comedor, dejó de preguntarse dónde se había metido.

En ocasiones, a mamá se le ocurrían fantasías, «lo cual la hacía todavía más deliciosa», en opinión del doctor Mars. Aquella primera vez con Pierre Peloup, se empeñó en tenerme sentada en sus muslos, con la cara pegada a sus pechos, y mientras yo mamaba de uno, Pierre Peloup mamaba del otro. Mamá era extremadamente sensible, y sentía placer dondequiera que la tocaran o acariciaran. Sus dedos jugaban con mi sexo, Pierre-Peloup se había sacado el suyo y nos amenizaba con él: puede que debido a ese primer encuentro luego disfrutase tanto conmigo.

Mamá me dejó salir sola con él. Yo subía en el coche de Pierre Peloup aparcado a unas calles del nuestro –no quería que nadie se enterase de sus hábitos en nuestra casa– y nos íbamos al campo pues le encantaba el campo, a no ser que lo que le encantaba fuese estar a solas conmigo en el campo. Parábamos siempre junto al mismo canal, bajo unos hermosos árboles, muy lejos de las últimas casas, perfectamente situados para distinguir la menor figura humana a varios cientos de metros a la redonda, y allí Pierre Peloup gozaba en mi cara, en mi cuerpo, en mis manos que lo asían, o en mi sexo. No cesaba –al principio– de prometerme muñecas, juguetes y otras mil bobadas. Cuando comprendió que yo no necesitaba tales promesas para llevarme al campo, dejó de hacérmelas.

Puede decirse que Pierre Peloup fue mi primer amante –después de papá–, pues el doctor Mars, aunque nos tocaba con agrado, no se introdujo en nosotras hasta más adelante. Le gustaba que estuviéramos presentes cuando montaba a mamá. Le gustaba que nos hallásemos allí Ingrid, Chloé y yo, o en ocasiones sólo una de nosotras, en el comedor con el gran hule, pero en cierto modo como angelitos desnudos en torno a la Virgen en la gloria (mamá encarnando a la Virgen). Asistíamos a sus retozos con frecuencia rápidos, pues el doctor Mars andaba siempre con prisas entre dos visitas a pacientes–, sentadas en un sillón, bajo la mesa cuando él lo requería, ayudándole con una mano si ese día atravesaba alguna dificultad, cosa que ocurría raramente. Alguna que otra vez le tendíamos nuestras nalgas, o le presentábamos nuestras bocas, pero se limitaba a deslizar por ellos las manos, la boca o el sexo muy rápidamente.

Mamá resplandecía con el doctor Mars: «Me gusta a rabiar», nos decía. «Fijaos, basta que entre en el vestíbulo para que me encienda, llore, me abrase, me sienta de pronto como un violonchelo.» Pero mamá entraba en ese trance cada vez que se presentaba un vecino. Había tenido una infancia infeliz; necesitaba enajenarse.

VIII

Aún no he descrito nuestra casa, porque me pareció comprender que las personas a quienes contaba mi vida prestaban mayor atención a nuestra vida sexual que a otros aspectos de nuestra existencia. Aun así la describiré, porque la amaba. Aquella casa guardaba cierto parecido con la de Eva Lone. Se entraba por un jardín que no era demasiado airoso pues no lo llenaban esas flores, esos grandes árboles que embellecen los jardines. En realidad era casi un patio, cubierto de gravilla y cerrado con un murete rematado por una verja. Había franjas de césped muy corto a cada lado del sendero central y una platabanda que discurría a lo largo de las paredes, donde malcrecían algunas flores. Ni un follaje donde guarecerse en verano, ni un solo árbol. Por eso pasábamos poco tiempo allí. Nos sentíamos ociosos e inútiles.

Se entraba en la casa por unos escalones que daban a un vestíbulo oscuro y embaldosado que nos encantaba: lo mismo en verano que en invierno, nos daba la impresión de lanzarnos con patines de cuchillas cortantes por una pista de hielo. A la izquierda se alzaban un perchero, un paragüero, una consola de caoba oscura cubierta por un mármol y un gran armario de luna en el que se contemplaba mamá. El vestíbulo daba, a la derecha, a un comedor casi totalmente ocupado por una inmensa mesa siempre encerada y brillante como un lago helado. Como ya he dicho, allí practicábamos nuestros hábitos. Sillas y butacas circundaban la peligrosa mesa. En un rincón, pegadas a la ventana, se hallaban la butaca y el costurero de mamá, aunque disponía de escasa iluminación para realizar sus labores, pues la ventana era muy pequeña y apenas entraba luz en aquella estancia. Al otro lado del vestíbulo estaba el despacho de papá, mucho más confortable con sus tupidas alfombras, sus anaqueles repletos de libros, y más luz, si bien cuando entrábamos allí con él solía cerrar las cortinas. Detrás del despacho había una pequeña cocina; mamá estaba demasiado ocupada con sus locuras para dedicar un poco de su tiempo a la cocina o al jardín. Por lo común cenábamos mal, a veces nada, o un trozo de tostada con paté. Puede decirse que nunca nos dimos un banquete en casa, salvo cuando algún amigo traía platos preparados, botellas, bombones o postres para una cena.

El dormitorio de papá y mamá, situado en la primera planta, contenía una cama grande, hermosos cortinajes y una cómoda en la que mamá hurgaba siempre excitadamente. Aquella habitación estaba siempre en desorden: un montón de medias desaparejadas col-

gaban de los brazos o del respaldo de butacas y sillas; bragas, calcetines, vestidos arrugados yacían tirados por doquier. Sus productos de belleza se hallaban diseminados encima de la cómoda, llena de polvos y de frascos volcados. ¡Qué diferencia con la gélida y reluciente sobriedad del comedor, donde nunca vi una mota de polvo! Qué diferencia con el despacho de papá tan confortable, tan alegre, tan radiante y voluptuoso. Pero supongo que esos contrastes nos gustaban. Una casa enteramente confortable me resulta aburrida, al igual que una casa enteramente solemne o enteramente desordenada. Nuestra casa se asemejaba, como no podía ser de otro modo, a un cuerpo, a un alma, con sus desórdenes aquí, sus remansos de paz allí, su frialdad aquí, y su aterciopelada profundidad allí.

También me han preguntado muchas veces, desde que relato mi vida, qué tipo de relaciones mantenía con mis hermanas. Ingrid y Chloé eran probablemente para mí como los dos perfiles que se ven en un espejo de tres caras cuando una se mira en él. Éramos y no éramos la misma. Nuestras edades nos acercaban, pero no recuerdo haber tenido con ellas esos conciliábulos, esa compenetración que une a los hijos en una misma fraternidad. No éramos desde luego enemigas: nuestra familia siempre ha detestado y rechazado el odio, tal vez por esos vínculos carnales que nos unían. Ni mucho menos pretendo hacer aquí una apología de los vínculos sexuales entre familiares: soy consciente de que es un tema sumamente delicado. Pero ya que he decidido narrar mi vida intentando explicar con la mayor exactitud posible lo que me hacía sentir aquella situación irregular y sin embargo tan regular que era la nuestra, nadie me convencerá de que me mese los cabellos, me cubra la cabeza de cenizas o llore, puesto que en el fondo de mí misma nadie llora, sino que por el contrario ríe y quiere bailar.

IX

El sexo de papá nos deleitaba. No nos cansábamos nunca de verlo ni de tocarlo. Su forma ejemplar se erguía con tal autoridad, eran tan vivos los placeres que nos procuraba que recuerdo la alfombra de grandes flores de su despacho como un jardín muy superior a los de Le Nôtre. Papá actuaba con un punto de brutalidad que nos fascinaba. Lo de mamá era la locura, lo suyo eran las caricias y la extraordinaria suavidad de su cuerpo blanco y suave; lo de papá, la se-

riedad y la brutalidad. Como ya he dicho, Ingrid fue su preferida durante mucho tiempo, pero tampoco dudaba en encerrarse a veces en su despacho con Chloé y conmigo. Un poco como actuaba el doctor Mars con mamá, pero no con tanto apremio, dedicando siempre más tiempo al placer, papá nos montaba con vigor. Nos procuraba tal goce que durante los años setenta y setenta y uno en particular, lo recuerdo sin cesar, aunque, intimidadas ante la idea de encolerizarlo –no le gustaba que lo molestaran–, llamábamos suavemente a la puerta de su despacho, excitadas, sedientas de ese placer que ni el doctor Mars, ni Pierre Peloup, ni los hermanos Vinssé nos proporcionaban con tal intensidad. Nos enfrentamos con algún caso de conciencia cuando por una parte mamá nos reclamaba en el gran comedor de mesa reluciente y por otra habíamos decidido ir a llamar al despacho de papá. En tales circunstancias permanecíamos, disgustadas, en el vestíbulo helado, descalzas pues estábamos desnudas, el dedo dispuesto a llamar, mientras mamá, con voz sucesivamente desfallecida, despavorida, suplicante, nos instaba a ir con ella, al borde ya del desmayo. En ocasiones papá era más rápido, nos metía en el despacho y se arrojaba sobre nosotras como un tigre mientras mamá gemía en soledad. Otras veces, cuando éramos muchos, el doctor Mars penetraba a mamá inclinada sobre el disco reluciente de la gran mesa del comedor, Pierre Peloup me introducía su miembro en el vestíbulo helado –he olvidado decir que las losas eran de un verde oscuro, como la superficie de un lago–, Ingrid recibía el miembro de papá, Chloé echaba una mano aquí y allá, y todos éramos felices.

X

Dejamos de serlo durante un mes o dos, y fue debido a la maledicencia de nuestros vecinos. Incluso diría que a su envidia. ¿Habíamos olvidado algún día correr las cortinas? ¿Había un espía entre nosotros? ¿Myriam de Choiseul, que se controlaba poco, no había resistido la tentación de confesárselo todo a alguien? Sospecharon de nosotros, en mucho mayor medida que cuando el episodio del psicólogo en el colegio. Alguien se empecinó en «dar aviso a las instituciones», y una tarde se presentó una asistente social en nuestra casa.

Papá se hallaba ausente, mamá estaba desnuda y se excitaba en el comedor. Cuando llamó la asistente, salió a abrirle Ingrid y la hizo pasar al despacho, una estancia irreprochable por todos conceptos.

La mujer no podía encontrar allí ni objetos comprometedores ni literatura licenciosa, pues poseíamos, había olvidado decirlo, cierta clase. Mamá se presentó vestida y calmada, pues la habíamos atendido toda la mañana, y mantuvo con la asistenta una conversación deslumbrante.

–Ha llegado a mis oídos –dijo la asistenta– que pueden existir ciertas disfunciones en su familia. Me gustaría hablar con usted y con sus hijas.

–¿Disfunciones? –contestó sorprendida mamá–. ¿De qué tipo?

–Bien –prosiguió incómoda la asistenta–, pues aseguran, pero puede ser un error, que en su casa existe una... intimidad demasiado acentuada entre los miembros de su familia.

–¿Una intimidad? –se sorprendió de nuevo mamá, que no mentía en su extrañeza, pues, como salta a la vista, no abrigaba la menor sensación de que sucediera nada anormal en nuestra casa. Estaba convencida de que vivir era eso. ¿Y puede alguien afirmar que se equivocaba? El cuerpo que formábamos nosotras, nuestros padres y nuestros amigos era tan compacto, la comunicación que existía entre nosotros era tan luminosa, tan ordenada, que las palabras de la asistenta parecían tropezar con una pared lisa, abombada y suave: no sabía cómo atravesarla.

Lanzaba miradas a la esplendorosa alfombra con sus grandes flores, vislumbraba por la puerta abierta del despacho el disco oscuro y satinado del lago sobre el que se recostaba nuestra madre, pero lo que veía era una mesa austera perfectamente limpia y cuidada, oía nuestra amable charla en la primera planta: ¿cómo entrar en aquella casa en la que en realidad se la había invitado a pasar?

Pidió visitarla, cosa que mamá le concedió fríamente. Ataviada con un vestido de pliegues oscuros, mamá precedió a la asistenta en la escalera, la hizo pasar a su cuarto, que Ingrid, Chloé y yo habíamos entrado a ordenar minutos antes. Las hermosas cortinas palpitaban ante la ventana entreabierta, las butacas de terciopelo color ciruela se asemejaban a la mesa del comedor en su austeridad un poco masculina, la cama estaba perfectamente hecha, cubierta con una colcha floreada. Sobre la cómoda, los frascos se hallaban primorosamente dispuestos; los cajones estaban cerrados y la moqueta impecable. La asistenta se quedó desconcertada.

–¿Disfunción? –inquirió mamá.

La asistenta pidió ver nuestras habitaciones, y allí cometimos un error, pues nos pasamos de la raya en nuestro afán de remedar a los ángeles. Cada una de nosotras estaba sentadita ante su pequeño escritorio, estudiando una lección o redactando un deber, y cuando

mamá entró con ella, nuestras tres miradas se volvieron hacia ambas, tan diáfanas, tan amables, que resultaba un tanto provocador. La asistenta recibió aquellas miradas como una bofetada. En ese instante se dio cuenta de que estábamos todas conchabadas.

XI

Durante cerca de dos meses, aquellas sospechas trastornaron nuestra existencia. Y recuerdo aquellos dos meses como de los más tristes de mi infancia –hubo otros que relataré más adelante–. No podíamos vivir conforme a nuestras costumbres. Continuamente llamaba alguien pidiendo vernos y hablar con nosotros. Mamá tenía que vestirse a cada momento. El doctor Mars nos visitaba menos –le habíamos avisado–, y cuando venía, lo hacía so pretexto de examinarnos la garganta. Apenas podía rozar a mamá, que se creía obligada a poner buena cara a las asistentas, pero saltaba a la vista que se moría. La conocíamos inflamada, frotándonos con su cuerpo cada día, la opulencia de sus pechos era una maravilla para nosotras, y de pronto todo aquello se nos ocultaba, se nos hurtaba. Comenzaba a agriársenos el carácter, cosa que nunca nos había sucedido. Nuestros despertares eran tristes cuando hasta entonces nos despertábamos siempre excitadas por el día renaciente. Papá se aburría en su despacho, y el disco de la mesa del comedor se hallaba cubierto de un fino polvo en el que trazábamos signos.

A veces, incapaces ya de aguantar, nos veíamos irremediablemente obligadas a amarnos, pero deprisa y corriendo. Lamíamos el sexo de mamá durante unos minutos durante su aseo nocturno. Papá subía a la habitación de Ingrid y aguardábamos en medrosa fila la impresionante visión de su sexo erguido, el contacto, la introducción del terrible miembro. Pero el desbarajuste era total. Papá nunca había subido a nuestras habitaciones; mamá nunca había estado de esa manera en su cuarto de baño. ¿Y la inmensa mesa redonda semejante a un lago negro? ¿Y la alfombra de deslumbrantes flores? ¿Y el vestíbulo helado donde reinaba el placer? Esos lugares permanecían ahora desiertos. Sé que puede parecer ridículo, pero lo juro: era como si nos hubiéramos quedado sin patria.

XII

Salimos de aquel mal paso gracias a los hermanos Vinssé. Éstos vinieron a hacernos un reconocimiento psicológico, por encargo de

no sé qué autoridad. Enseguida nos llevaron al campo, a Ingrid, a Chloé y a mí. Les indicamos el canal –sin mencionar en ningún momento el nombre ni la existencia de Pierre Peloup–, y a lo largo del canal se celebraron nuestras bacanales. Yves e Yvon Vinssé eran gemelos, se parecían tanto que los llamábamos «los hermanos Vinssé», pues nos costaba distinguirlos. Chloé alcanzó por fin el placer, tras haber permanecido siempre inexplicablemente relegada. Los hermanos Vinssé nos descubrieron como quien descubre una tierra prometida. Eran tales su ardor y su entusiasmo que con frecuencia temimos verlos derrumbarse de goce. No habíamos vivido tal experiencia con el doctor Mars, ni con Pierre Peloup, Myriam de Choiseul o Marjorie, quienes, sin tampoco hacer ascos al placer –todos ellos eran apasionados–, expresaban su deleite con más contención. Los hermanos Vinssé bramaban a lo largo del canal claro bajo los grandes álamos, no nos abandonaban un instante sino para volver a nosotras, no sabían cómo dar abasto a los ojos, a la cabeza, a la lengua. Nos veíamos obligadas a calmarlos bajo amenazas.

A Chloé le gustaban. Tal vez los estaba esperando para poder expresar su alegría, su deseo. Cuando un poco cansadas de haberlos satisfecho numerosas veces, nos resistíamos a regresar a orillas del canal, Chloé se brindaba a acompañarlos ella sola. En aquellos momentos en que se mostraba gustosa, decidida, no habríamos sabido decir a quién se parecía. «A vuestro padre», decía Marjorie. «A vuestra madre, sin la menor duda», decía cortésmente el doctor Mars. A Pierre Peloup le enfureció ver ocupado su territorio a orillas del canal. Durante tres días recorrimos la campiña, él y yo, en busca de otro lugar propicio para nuestros encuentros. La casa tenía que hallarse alejada y la vista despejada para poder distinguir cualquier persona o vehículo que se acercase. En varias ocasiones nos encontramos –en su coche gris– en medio de una inmensa llanura en pleno campo. Mientras lo hacíamos, yo podía distinguir a lo lejos, cuando alzaba la cabeza, las dos agujas negras de una catedral. Y, por vez primera, nació algo en mí. No el amor, de eso me hallaba lejísimo, joven como era, y en una situación en realidad muy inextricable, sino un inicio de amor, un inicio de esperanza, un inicio de dolor por algo más elevado, más sutil, más misterioso que el placer familiar, que no era ni elevado, ni sutil, ni misterioso, pero que tampoco era lo contrario. Que era amplio, dulce, glacial y poderoso.